



Política y pacifismo

de Albert Einstein

§. Para la abolición del peligro de guerra

Mi participación en la construcción de la bomba atómica se limitó a un único hecho: firmé una carta dirigida al presidente Roosevelt. En ella el énfasis se ponía en la necesidad de preparar experimentos para estudiar la posibilidad de realizar una bomba atómica.

Era consciente del horrendo peligro que la realización de ese intento representaría para la humanidad. Pero la probabilidad de que los alemanes estuvieran trabajando en lo mismo me empujó a dar este paso.

No me quedó otra salida, aunque siempre he sido un pacifista convencido. Matar en la guerra no es en mi opinión mejor que un asesinato vulgar.

Pero en tanto las naciones no se convengan, mientras no rechacen la guerra con acciones comunes y resuelvan sus conflictos y defiendan sus intereses con disposiciones pacíficas basadas en las leyes, se crearán obligadas a prepararse para la guerra. Se crearán obligadas a prepararse, utilizando los medios más terroríficos, para no ser aventajadas por las demás.

Este camino lleva obligatoriamente a la guerra, lo cual, en las condiciones actuales, significa la destrucción de la humanidad.

Hoy no tiene sentido protestar contra los armamentos. Solo puede ayudarnos la abolición radical de las guerras y del peligro de guerra. Para esto debemos trabajar, esta debe ser nuestra inquebrantable decisión: luchar contra el origen del mal y no contra sus efectos. Y debemos aceptar lúcidamente esta exigencia. ¡Y qué más da si luego se nos trata de asociales o de utópicos!

Gandhi, el mayor genio político de nuestra época, supo encontrar su camino y nos demostró cuántos sacrificios están dispuestos a hacer los hombres una vez que lo han encontrado. Su obra de liberación de la India es el testimonio viviente de que una voluntad dominada por una convicción es más fuerte que el insuperable, en apariencia, poder material.

§. El problema del pacifismo

Señoras y señores:

Me alegra que me hayan dado la oportunidad de decirles algunas palabras sobre el pacifismo. La evolución de los últimos años nos ha vuelto a demostrar que no debemos dejar en manos de los gobiernos la responsabilidad de lucha contra los armamentos y contra el espíritu bélico. Pero tampoco la creación de grandes organizaciones con muchos miembros puede por sí sola llevarnos a esa meta; ni siquiera acercarnos un poco a ella. El mejor camino es negarse a hacer el servicio militar, con el respaldo de las organizaciones antibélicas, que en cada país ayuden moral y materialmente a los valientes que se nieguen. Así podremos conseguir que la pacificación se transforme en una verdadera lucha, a la que se sientan llamados todos los que tengan una naturaleza fuerte. Es una lucha ilegal, pero es la lucha de los verdaderos derechos de las gentes frente a sus gobiernos, mientras estos exijan de sus ciudadanos un comportamiento criminal.

Muchos de los que se toman por verdaderos pacifistas no colaborarían con un pacifismo tan radical basándose en razones patrióticas. No se puede contar con ellos en un primer momento. Lo demostró ampliamente la primera guerra mundial.

Les agradezco de corazón que me hayan dado la oportunidad de expresar de viva voz mi punto de vista.

§. Pacifismo activo

Me alegra y enorgullece la gran manifestación por la paz que ha organizado el pueblo flamenco. Tengo la necesidad de decirles, en nombre de todos los hombres de buena voluntad, lo siguiente: Nos sentimos unidos con ustedes en este momento de reflexión y de toma de conciencia.

No olvidemos que será necesaria una dura batalla para mejorar la situación presente, pues el número de los dispuestos a una participación radical es pequeño comparado con la magnitud de los indecisos. Y en cambio el poder de los interesados en alimentar la maquinaria de la guerra es muy grande. No temen tomar cualquier medida con tal de conseguir que la opinión pública sirva a sus intereses.

Parecería que los Jefes de Estado de hoy tienen el objetivo de lograr una paz duradera. Pero el aumento constante de la carrera de armamento de los países indica con toda claridad que solo se preparan para una guerra. Estoy convencido de que el remedio solo puede provenir de los pueblos. Son ellos quienes, si quieren sacarse de encima la esclavitud del servicio militar, tienen que decidirse por un desarme total, en otro caso cada conflicto los llevará a la guerra. Un pacifismo que no ataque activamente el armamentismo de los Estados no podrá conseguir nada.

Ojalá que la consciencia y el buen sentido de los pueblos despierte, para llegar a un estadio de la civilización en el cual la guerra pase a ser solo una inconcebible locura de los antepasados.

§. Síntomas de enfermedad en la vida cultural

El intercambio de las ideas y de los resultados es necesario para un desarrollo sano de la Ciencia y de toda la vida cultural. Está claro que la intromisión de las autoridades de este país en el libre intercambio de conocimientos entre los individuos ya ha originado daños significativos. Por ahora este daño se extiende solo sobre las disciplinas científicas, pero poco a poco se manifestará actuando en todas las formas de la producción.

Esta intromisión de las instancias políticas en la vida científica de todo el país se ha hecho flagrante al decretarse la prohibición para los científicos de viajar al extranjero, y la negativa a dejar entrar a científicos extranjeros en Estados Unidos. Un comportamiento tan minucioso por parte de una Nación de tal poderío no es más que el síntoma de una enfermedad grave.

Pues esa injerencia, organizada después de una reestructuración política, demuestra una desconfianza general y un comportamiento lleno de temor hacia los seres humanos, que obliga a abstenerse de toda publicación y vuelve sospechosa cualquier versión oral o escrita de novedades científicas.

Pero la enfermedad verdadera de la que todo lo anterior no son más que los síntomas, es un criterio que ha surgido de las guerras mundiales: tenemos que organizar nuestra vida en la paz de modo tal que en la guerra estemos seguros de la victoria.

Este punto de vista da origen a otro, según el cual es evidente que no solo nuestra libertad sino aún nuestra existencia están amenazadas por aquel enemigo que logre mayor poder.

Y es esta idea la que da lugar a todas estas abominaciones que enumeré al principio llamándolas síntomas, y conduce casi irremisiblemente a la guerra y a la destrucción. Encontramos su manifestación más clara en el presupuesto de Estados Unidos. Solo cuando hayamos logrado superar esta obsesión podremos volvernos hacia la resolución razonable del verdadero problema político: «¿Cómo contribuir a hacer segura la existencia de los hombres sobre la Tierra?».

Y todo esto ¿por qué? Porque nadie puede librarse de los síntomas de una enfermedad sin antes haber eliminado esta

§. De la convivencia pacífica de las naciones. Una participación al programa de televisión de la señora Roosevelt

Le agradezco profundamente, señora Roosevelt, que me haya ofrecido la oportunidad de expresar mis opiniones sobre esta importante cuestión política: creer que armando al país se puede conseguir seguridad es una ilusión funesta, dado el desarrollo de la actual técnica militar. En Estados Unidos esta ilusión se ha apoyado en otra: o sea, en que han sido los primeros en fabricar la bomba atómica. Esto hizo creer que a la larga se podría alcanzar una superioridad militar decisiva. Con lo cual se podría intimidar a todos los enemigos en potencia, obteniendo así la tan deseada seguridad para ellos y para el resto del mundo. La máxima en que confiamos durante los últimos cinco años se resume así: seguridad por medio de coacción basada en la superioridad, por mucho que cueste.

Las consecuencias de este criterio técnico militar y psicológico no podían tardar en brotar. Toda la política exterior está dominada por un único punto de vista: «¿Cómo actuar para, en caso de guerra, vencer al enemigo?». Estableciendo bases militares en los puntos más importantes de la tierra en materia de estrategia y de vulnerabilidad; armando y apoyando económicamente a los aliados potenciales. En el interior de Estados Unidos, concentrando gran parte del poder financiero en mano de los militares, militarizando a la juventud, controlando la lealtad de los individuos y sobre todo de los funcionarios, intimidando a quienes piensan políticamente de otro modo, e influenciando en la mentalidad de la población por medio de la prensa, la radio y la escuela, así como poniendo en práctica una creciente censura de las comunicaciones bajo el pretexto del secreto militar.

Otras consecuencias: la carrera de armamento entre Estados Unidos y Rusia, que en sus comienzos era preventiva, está adquiriendo caracteres de histerismo. En ambos países se acelera detrás del mayor misterio la preparación de los medios para aniquilar a la humanidad.

La Bomba H se divisa en el horizonte como un objetivo verosímil. Su acelerado proceso de fabricación ha sido solemnemente proclamado por el presidente. Si llega a construirse, la contaminación radioactiva de la atmósfera y con ella la destrucción de la vida en la tierra entrarán en el terreno de lo técnicamente plausible. El horror de este proceso reside en su aparente ineluctabilidad. Cada paso parece consecuencia inevitable del anterior. El aniquilamiento total aparece cada vez con mayor claridad al final del proceso.

Dado que nosotros mismos estamos construyendo las circunstancias de nuestra muerte, ¿hay alguna vía de salvación? Todos tenemos que caer en cuenta, y antes que nadie los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Soviética, que si han podido eliminar un enemigo exterior no podrán librarse de la psicosis creada por la guerra. No puede llegar a forjarse una paz verdadera orientando todo nuestro comportamiento hacia la eventualidad de un conflicto. Cuanto más, si cada día resulta más evidente este conflicto significaría la destrucción absoluta. La idea rectora de toda política exterior debería ser: ¿qué podemos hacer para que las naciones convivan de la manera más pacífica y mejor? Primer problema: hacer desaparecer el miedo y la desconfianza recíproca. Una denuncia cabal por ambas partes a usar la fuerza de los unos contra los otros (y no únicamente los medios de destrucción masiva), se impone de por sí. Renuncia que solo tendrá eficacia si se acompaña de la creación de una entidad internacional que resuelva todos los problemas relativos a la seguridad de las naciones. La proclamación de las naciones de participar honestamente en la realización de esta especie de gobierno mundial haría disminuir en gran medida el peligro de guerra.

La convivencia pacífica de todos los hombres se funda ante todo en la confianza mutua, y solo en segundo lugar en instituciones tales como la Ley y la policía. Ello tiene la misma validez para las naciones que para los individuos. Pero la confianza se basa en una relación sincera de *give and take*, de dar y tomar.

¿Qué pensar del control internacional? Pues que puede ser útil de manera accesoria, como función policial. Pero no sobrestimemos su eficacia. ¡Una comparación con los tiempos de la prohibición da qué pensar!

§. Sobre la seguridad de la especie humana

El descubrimiento de las reacciones atómicas en cadena no tiene por qué ser más peligroso para la humanidad que el descubrimiento de las cerillas. Pero debemos hacer todo lo necesario para evitar su mal uso. En el grado actual del desarrollo tecnológico, solo puede protegernos una organización supranacional, siempre que disponga de una capacidad ejecutiva suficiente. Cuando sepamos reconocerlo en toda su amplitud seremos capaces de hacer los sacrificios necesarios para asegurar la existencia de la especie humana. Si no se alcanza a tiempo este objetivo, cada uno de nosotros será culpable. El peligro consiste en que cada uno, sin mover un dedo, espera a que actúen los demás. El progreso de la Ciencia en lo que va de siglo es respetado por todos los hombres, incluso por quien solo disponga de conocimientos limitados o superficiales salidos de su ambiente de trabajo técnico. Podemos exaltar esos progresos sin miedo a equivocarnos, siempre que no perdamos de vista lo ocurrido en los últimos años.

Es como viajar en tren: mirando el entorno próximo nos parece volar a la velocidad de un avión; mirando a lo lejos la imagen que contemplamos varía con lentitud. Lo mismo sucede cuando nos inclinamos sobre los grandes problemas de la Ciencia.

No tiene sentido, a mi modo de ver, hablar de nuestra way of life o de la de los rusos. En ambos casos se trata de un conjunto de tradiciones y de costumbres que no configuran una estructura orgánica. Mucho más inteligente será preguntarse sobre las tradiciones más dañinas y sobre las más útiles para el hombre, las que hacen la vida más feliz y las que la vuelven más dolorosa. Y luego habrá que actuar en consecuencia, procurando adoptar las que hayan resultado mejores.

—Albert Einstein, “Parte II. Política y pacifismo”, *Mi visión del mundo* (1990). Barcelona: Tusquets, 2005, Traducción de Sara Gallardo y Marianne Bubeck.